

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
A pesar de

Autor/es:
Torrell, Josep

Citar como:
Torrell, J. (1998). A pesar de. La madriguera. (3):67-67.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41620>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



A pesar de... A pesar de...

El sabor de las cerezas

Abbas Kiarostami

Ta'm e Guilas, Francia-Irán, 1997

Es un secreto a voces: el porvenir del cine como medio de expresión lo están inventando hoy algunos cineastas iraníes, a pesar de las condiciones de control y censura en las que suelen trabajar. Hay varios indicios: ahí está la revelación que supuso hace unos años una película tan libre y personal como *A través de los olivos* (1994) de Abbas Kiarostami; ahí está la irreductible radicalidad, artística y creativa, de *Yek Dastan-e vage'*/A True Story (1996) de Abolfazl Jalili, vista en Sitges; ahí está la última película de Moshen Makhmalbaf, en la que éste reconstruye su detención en 1975, que ha fascinado enormemente a quienes han podido verla en el extranjero. *El sabor de las cerezas* confirma esa apreciación.

Como la última película de Manoel de Oliveira —con la que tiene grandes semejanzas temáticas y estilísticas—, *El sabor de las cerezas* es un viaje; un viaje por parajes conocidos, en los que el protagonista irá encontrando a varios interlocutores que actúan como espejos de algunos momentos de su vida o de ciertos aspectos de su propia personalidad. Como es habitual en el cine de Kiarostami, la anécdota argumental se reduce a su mínima expresión: un hombre que ha decidido quitarse la vida busca a alguien dispuesto a sepultarlo. En una sociedad cuya religión abomina del suicidio, la tentación de la muerte aparece como una garantía ante la tendencia a conformarse con meros sucedáneos de una vida deseable. En este sentido, resulta significativo que Kiarostami se refiera, en unas declaraciones a *L'Humanité*, al elocuente aforismo de Cioran en el que éste

afirmaba que sin la posibilidad del suicidio, "hace tiempo que me hubiera matado". El derecho a decidir el momento de poner fin a la degradación coexiste con una celebración de los pequeños placeres compartidos.

El sabor de las cerezas, habla de la imposibilidad de vivir y de los motivos para ahuyentar a la muerte. Su declinada discursividad, que afirma algo distinto de lo que



parece estar diciendo —aspecto que tiende a confirmar la secreta perversidad que en ocasiones se atribuye al cineasta iraní—, inscribe en la película un doble punto de vista, en continua interacción, que se materializa en su doble final y en el tratamiento del paisaje. Kiarostami —que además de cineasta es también fotógrafo y pintor— confiere sustantividad a los tiempos muertos, a los momentos no narrativos, a esos planos subjetivos de las colinas de las afueras de Teherán. Es-

tas imágenes insistentes, en las que el paisaje —también el paisaje humano de los jornaleros desempleados de la primera secuencia, o de los trabajadores de la cantera— se ve a través de los cristales del automóvil del protagonista, se convierten en la cifra de otra distancia, la de su propio desapego a la vida. Pero la cámara de Kiarostami, insistiendo en mostrar esos paisajes familiares, cotidianos, mil veces vistos y, sin embargo, o tal vez por eso, extrañamente evocadores, parece intentar atrapar en ellos algo intangible, un sentido latente más allá de su anodina apariencia, convirtiéndolos en

escenografías posibles de experiencias no vividas, lugares para una personal nostalgia del futuro, de lo no acaecido.

Palma de Oro en el último festival de Cannes, *El sabor de las cerezas* es un magnífico exponente de la lucidez de Kiarostami y de su constante reinención del arte de mirar, que busca la renovación del relato cinematográfico a través de los intersticios entre la realidad y su representación.

Josep Torrell